



Relatos

366

24

EL HOMBRE QUE MUTILÓ SU REFLEJO

Érase una vez en otros y lejanos tiempos, en los que un extraño patrón encargó la pintura de un retrato, no de cuerpo entero, sino de busto. Pagó por adelantado y más de lo acordado, a cambio exigió que fuera esbozado, y que él pasaría cada cierto tiempo a dar indicaciones sobre cómo debía quedar acabado.

El primer día el pintor lo dedicó a dibujar los contornos, las líneas básicas y también los claroscuros, un foco de luz imaginario situado en una esquina del marco iluminaría el retrato para que éste quedase lo más bello posible.

El color aún tardaría en llegar, como poco una semana.

A los tres días el retrato empezó a tener ciertos rasgos.

Ya se pudo apreciar a un joven de grueso pelaje castaño oscuro, todo ello acompañado de unas cejas bien marcadas y recortadas, arqueadas de tal modo que reflejaban un guiño cómplice en la mirada.

La expresión realzaba sus bonitos ojos marrones, ojos pardos pues al abrir una ventana eran color verde oliva, al abrir una puerta marrones y al abrir un ventanal por la mañana blancos...

La brocha del pintor dibujaba una pupila risueña con un iris notable, su semblante estaba lleno de jovialidad. Sus labios eran finos y juguetones, con unos dientes más blancos que el azúcar, casi nacarados.

Sus grandes pestañas protegían a los ojos de la invasión de los rayos de luz.

Con el pelo el pintor abundó durante un fin de semana. Le levantó el tufo y le remojó el pelaje cómo si fuera un conde de la alta aristocracia casi nobiliaria.

Los colores de los mofletes del retrato denotaban su alegría corporal y su viva sangre.

El pintor entendió que el reflejo que había hecho de aquel hombre, le recordaría una y mil veces a como una vez fue, modificado e idealizado, agrandando sus luces y encogiendo sus sombras. Aquel hombre siempre tendría algo en lo que evadirse, para olvidar lo que pudiera ver cada mañana en el espejo. Y se sintió orgulloso, pues él era el artista que lo pintó.

El día anterior a la entrega del retrato el pintor cambió los rasgos por orden expresa del cliente.

Los colores dejaron de ser vivos y alegres puesto que al remover con agua la pintura casi seca se desparramó todo.

A los pocos días el hombre volvió a hablar con el pintor, le ordenó cambiar

la tonalidad de su dentadura, ahora sería casi un tono oscuro, una sombra, como la de un vagabundo de sucia dentada que no tiene nada.

La luz del retrato se tornaría oscuridad, y con ello todos los elementos cambiarían sus colores, y su significado. A los ojos de un extraño el nuevo cuadro más que algo alegre parecía una ofensa.

La sangre de los pómulos no era viva sino totalmente negra, y el ser resultante empezaba a ser monstruoso, la visión global parecía el reflejo de la muerte... oscuro, muy feo, con la cara agujereada por el paso del tiempo, la nariz desviada por una rara enfermedad, el pelo lacio y gris, casi sin pigmentación...